

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

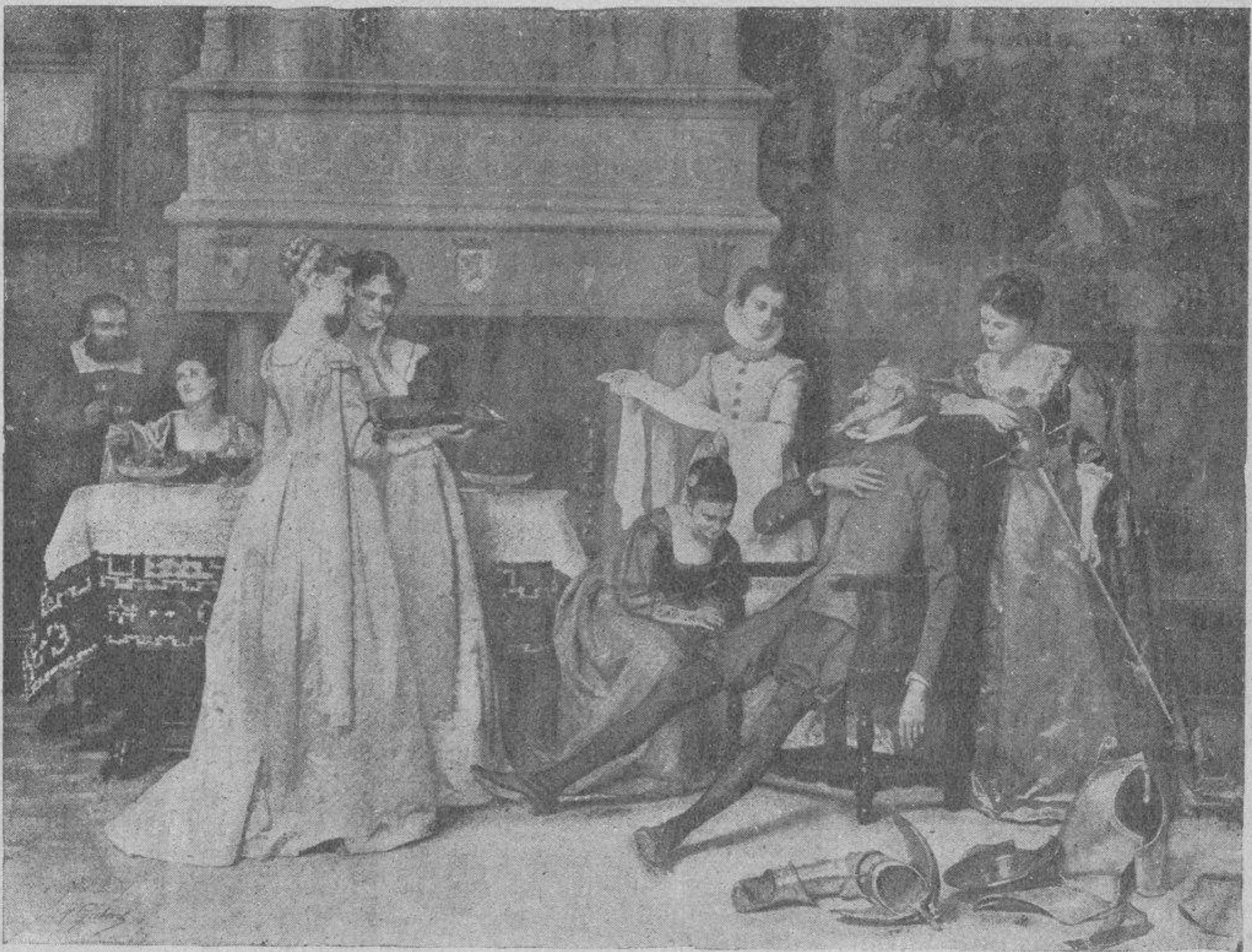
AÑO VII

BARCELONA, 25 DE JUNIO DE 1896

NÚM. 292

DON QUIJOTE EN CASA DE LOS DUQUES

Con estos razonamientos gustosos á todos, si no á don Quijote, llegaron á lo alto y entraron á don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado; seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que



habían de hacer y de cómo habían de tratar á don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó don Quijote después de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servían en disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecía tan bien á los caballeros andantes como la valentía.

Cuadro de GIBBERT.

FILOSOFIA TRASCENDENTAL

Estamos sobre un balcón, como dijo el otro.

El otro fué un mal cómico que, verdaderamente, en vez de otro, casi era *huno*, y quería decir:

—Estamos sobre un volcán.

Pero váyase el *huno* por el otro ó viceversa.

A mí lo que me importaba hacer constar ó lo que casi no me importaba que constase, era que el otro era... el otro, pero no era el famoso personaje de los sueños de Quevedo ó de Quemiro, como me llamó en cierta ocasión cierto amigo mío, y él sabrá por qué, pues yo lo ignoré entonces y continuó en mi ignorancia.

Y ahora, antes de proseguir, para que no me muerda algún amigo cariñoso, (no lo digo por el arriba citado que tiene sentido común), sepan ustedes que todas las anteriores *eras* no se me han ido á humo de pajas. Son un regalo que hago á los que deseen afinarse rústicamente y por poco precio.

Continuemos, ó más bien, volvamos á empezar.

Estamos sobre un volcán, aunque más bien parece que nos hallamos debajo de él, pues el rubicundo Febo nos lanza unos rayos que por desgracia no son X, sino de PP y W.

Prescindamos de la última bomba y ¡ojalá hubieran podido prescindir de ella todas las infelices víctimas de un atentado salvaje y que no es sin ejemplo ni acaso lo será, desgraciadamente!

Prescindamos también de los duelos generales ó particulares.

Pero, ¡caramba! si prescindimos de los duelos, ya en el artículo no habrá filosofía, ni de consiguiente resultará ésta transcendental ni sin transcendencia.

No, es imposible prescindir de lo que constituye *el plato del día*.

Yo no sé si la culpa es del calor ó de que cada vez vamos bajando... bajando... bajando... hasta tal punto que si no llegamos al centro de la tierra no será porque no hagamos todo lo posible para ello.

El caso es que así como antes un lance de los titulados de honor era *rara avis* ahora se ha convertido en gorrión, el más común de los pájaros, tal vez porque los hombres van volviéndose gorriones por lo soberbios... y por lo pájaros de cuenta.

Un periodista lanza una infamia contra otro colega ó contra un personaje ó contra uno que no es personaje... Pues si la lanza sale del paso con un lance, que se verifica ó no se realiza y Cristo ó el fondista con todos.

Se trata de si tales ó cuales actas han de votarse antes ó después, en el Congreso, ó si han de darse por limpias como una patena ó por más sucias que el agua de fregar... Pues, ¿para qué perder el tiempo en razones? Se encuentran dos diputados en los pasillos de la Cámara, se insultan como si fuesen verduleras... y lance que resulta de capa ó sale de copa.

Se ventila la cuestión de si un diputado es digno de, ó no lo es, de alternar con sus compañeros, asunto en el que parece que debiera aplicarse el refrán: hablen cartas y mientan barbas... Pues no hay cartas ni barajas... Los contrincantes, como si fueran dos... sotas, se llaman esto y esto y esto... ¡Las cuatro! según dice la florista de *Luis el tumbón*; luego molestan á cuatro amigos, después los convidan á cenar, (supongo que los convidarán), y por último... ¡Ná! ¡Ni agua! como exclama otro personaje de otra obra de cuyo título no me acuerdo.

Un militar tiene mucho empeño en ser senador ó en ser capitán general de una provincia perteneciente ó no al ramo de ultramarinos, y sabe ó sospecha que otro influye para que no se salga con la suya; y va y que hace: insulta á su superior jerárquico, le dice que ya que él se puso en el caso hablativo ha de ponerse luego en el dativo, supuesto que el dicente, (no confundirlo con el Dicenta), se coloca en el acusativo... Y vengan conferencias y vayan acuerdos ó á locos, y salte la policía por aquí y vayan las más altas autoridades por allá; y vengan telegramas y vayan partes; y hablemos de los arrestos y tratemos de los suplicatorios y de las cruces de San Hermenegildo, etc., etc., etc.

- Todo esto revuelve el estómago, ¿no es verdad, caro lector?

Pues aun hay más allá, como dijo no sé si Salomón ó Vallés y Ribot; pero uno de los dos debió decirlo.

Figúrate que anda por el globo un periódico que primero fué ilustrado; después dejó de serlo

BELLAS ARTES



EN EL HAREM, por E. M. Bredt.



DULCE CARGA, por W. Bouguereau.

para hacerse republicano y como quiera que hay seres y diarios destinados á acabar mal, por fin se hizo fusionista. La consecuencia natural, después de tantas variaciones, es la de quedarse sin suscriptores, ni compradores, ni repartidores, ni vendedores, ni lectores gratuitos.

Pero, ¿acaso no existe el medicamento de moda, la panacea universal, el gran reclamo, el *duelofolio*, el jarabe curativo de la anciana... Naranjitas de la China?

Se publica un suelto insultante, se obliga á incomodarse á una persona decente, acaso á un amigo de la infancia, y cuando ésta pide explicaciones, se le contesta con un bofetón. Surge un lance, se habla del periódico, la parte imbecil del público lo compra; de lo comprado algo queda... Y si el lance se realiza y hay una desgracia, eso no importa nada: la cuestión son cuartos ó perros chicos que para el caso es igual, aunque constituye la peor aplicación del refrán: los duelos, con pan son menos. Sino se realiza, ya están realizadas las ganancias, y váyase lo uno por lo otro.

Basta de otros y de *hunos* y basta de filosofía transcendental.

BLAS QUITO.

¡TRAICION!

«¿Tengo el corazón acaso como esas pobres muchachas que no valen nada más que lo que vale su cara, flor que se deshoja al soplo de las primeras heladas? Yo he nacido en la miseria, allí se templó mi alma, sé lo que una pena duele y sé lo que es una lágrima. Vete en paz, con brio lucha, nunca pierdas la esperanza que, vencedor ó vencido,

mi cariño aquí te aguarda. Yo sé que el mundo es muy malo, que tiene muy negra el alma y que no siempre da el premio al que valiente lo gana. Por eso, yo, que te adoro, no daré fe á tu palabra: sabré leer tus virtudes en el fondo de tu alma. Despliega al viento tus velas. cruce el mar tu nave alada, lo que pierdas en la lucha en mi corazón lo ganas.»

— Esto me dijo Lolilla, la costurera más guapa de todas las costureras que yo me he echado á la cara. Las mejillas encendidas, abrasando la mirada al darme el adiós postrero rompió la infeliz en lágrimas. Pero mi mente traidora al verla llorar pensaba: ¡si aquella por quien yo muero como ésta tuviera el alma!

JULIO PIFERRER

BELLAS ARTES



ESCENAS POPULARES DE ITALIA, por Luke Pittes.

ARTISTAS HERMOSAS



WOLFF.

EL CABALLO DE BRONCE

Niños que de seis á once,
tarde y noche, alegremente
jugáis en torno á la fuente
del gran caballo de bronce
que hay en la Plaza de Oriente.

Suspended vuestras carreras,
pues hace calor, y oid
una historia muy de veras,
y de las más lastimeras
que se cuentan por Madrid.

Ese caballo, años há
estaba, como quizá
sabréis sin que yo lo indique,
puesto en el Retiro, allá
frente á la *Casa del Dique*.

Da el jardín allí frescura,
con sus aguas y verdor,
y el canoro ruiseñor
tiene morada segura
de enemigo cazador.

Allí, al caballo volaban
con fácil y presto arranque,
mil pájaros que llegaban
á beber en el estanque,
cuyas ondas le cercaban.

Allí, con reserva poca,
le iba registrando entero
la turba intrépida y loca,
y hallábale un agujero
que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposición
que por la parte de afuera
da fácil introducción
á un pajarillo cualquiera
del tamaño de un gorrión.

Por adentro, sin percance,
todo el cuello, de un avance,
mete el pájaro después,
como no hay donde afiance
ni las alas ni los pies,

ni ellos le son de provecho,
ni ellas le hacen sino estorbo;
y empujanda con despecho
se hiere garganta y pecho
contra el borde áspero y corvo.

Y víctima el animal
de su imprudencia fatal
que salir de allí le veda,
se angustia, desmaya y rueda
por la cárcel de metal,

donde triste y prisionero
pidiendo en vano merced,
sobre muchos que primero
tuvieron su paradero,
perece de hambre y de sed.

Mil avecillas, buscando
sombra obscura en el estío;
mil en el invierno, cuando
ya lloviendo, ya nevando
traspasábalos el frío,

embocáronse en la panza
del caballo, que en venganza
debió decir para sí:
«Renunciad á la esperanza
pájaros que entráis en mi.»

Con el tiempo se mudó,
del jardín en que habitó,
á la plaza donde está,
y entonces se le quitó
el cuerpo que encima va.

Y los cóncavos secretos
del cuadrúpedo cruel,
aparecieron repletos
de plumas y de esqueletos
de aves tragadas por él.

Dañosa curiosidad
las condujo á muerte cruda.
—¡Ay! cuántos en nuestra edad,
por la brecha de la duda
se abisman en la impiedad.

Abismo, donde pedir
favor al mortal discurso,
no basta para salir:
él nos deja sin recurso,
desesperar y morir.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

BALADA DE CATALUÑA

Á VÍCTOR BALAGUER

Cataluña tiene un hijo,
Tiene un hijo menestral,
Que por verla siempre grande
Sin descanso velará.

De la máquina sonora
La voz dice sin cesar,

*Tric, trac,
Tric, trac;*

Y responde á la que teje,
Hila ó prensa, viene ó va,

*Tric, trac,
Tric, trac,*

Con cantares que le ayudan
A sufrir y á trabajar.

Cataluña dijo un día,
Muchos años hace ya:
— Ya ves, hijo, que soy pobre,
Mi pobreza viendo estás,
— Madre (el hijo respondiola),
A ganarme voy el pan,—

*Tric, trac,
Tric, trac;*

Y regando con rocío
De la frente su telar,

*Tric, trac,
Tric, trac,*

Ganó el pan que le pedía
El acento maternal.

—Cataluña, noble madre,
Un vestido te he de dar,
Y del frío los rigores
A sentir no volverás.—

A su madre así le dijo
El obrero catalán;

*Tric, trac,
Tric, trac,*

Los talleres resonaron,
Y tejiendo fué á la par,

*Tric, trac,
Tric, trac,*

El vestido y la grandeza
Que á su madre hizo inmortal.

Cataluña en otros tiempos
Dijo al monte y dijo al mar:
— Mi constancia ha de domaros
Y mi firme voluntad.—

Al payés rústica azada
Y al marino remos da,

*Tric, trac,
Tric, trac;*

Y de azadas y de remos
A los golpes y al compás,

*Tric, trac,
Tric, trac,*

A la piedra arrancó espigas
Y al abismo un cetro real.

Cataluña vió en sus campos
Extranjera gente audaz,

Y en su pecho hirvió la sangre
Del feroz almogavar.

A la guerra van sus hijos
Y al taller sus hijos van,

*Tric, trac,
Tric, trac;*

Y alternando las canciones
De la guerra y de la paz,

*Tric, trac,
Tric, trac,*

Conquistó su independencia
Y tejió su libertad.

Cataluña, porque tengas
Ricas galas que ostentar,

El vapor palpita y ruge,
Hila el huso de metal.

Mucho valen esas galas,
Tus virtudes valen más,

*Tric, trac,
Tric, trac;*

En olvido no las heches;
Si las llegas á olvidar,

*Tric, trac,
Tric, trac,*

No la tela de tu gloria,
Tu mortaja labrarás.

VENTURA RUIZ AGUILERA

ARTISTAS HERMOSAS



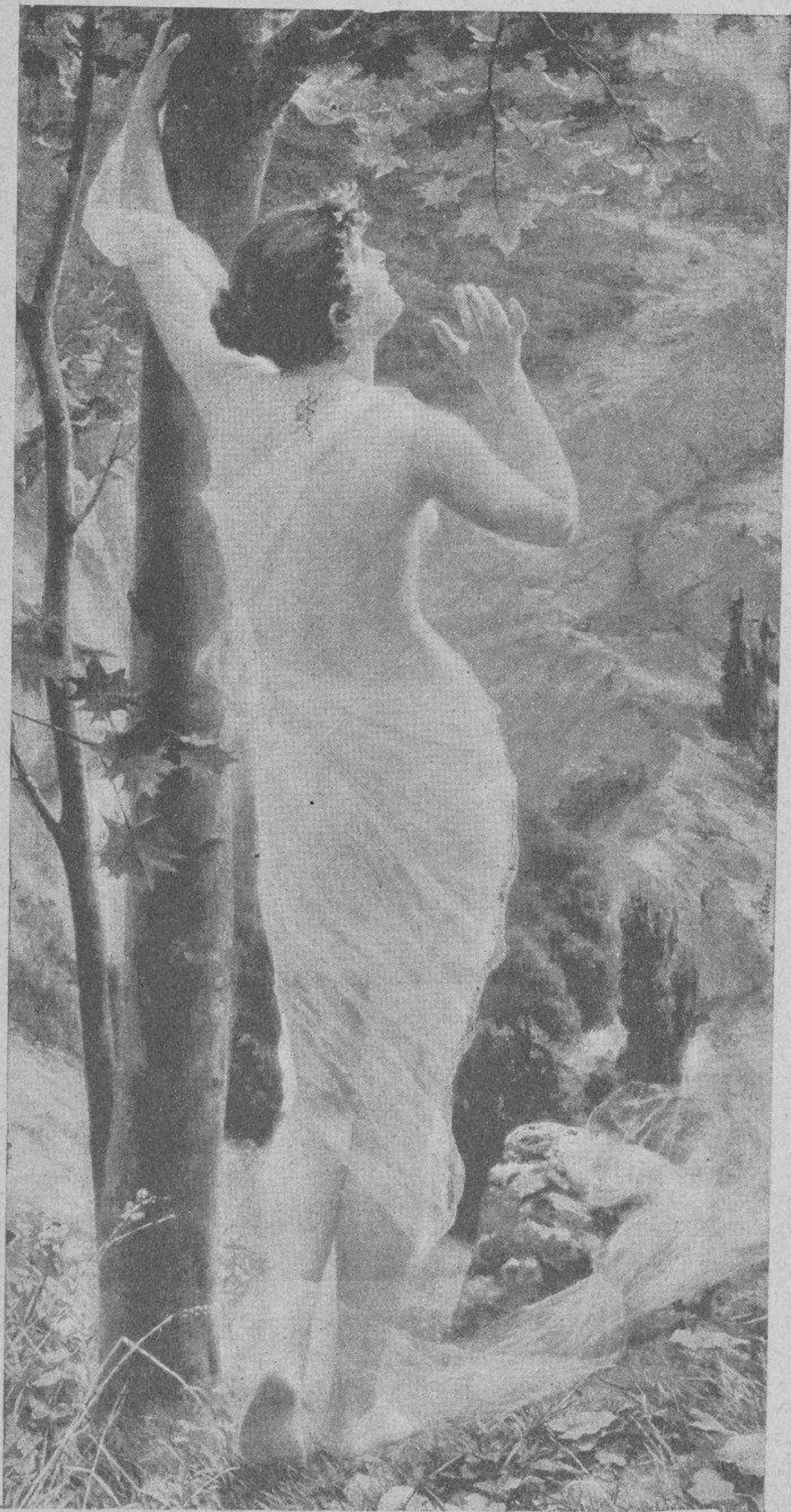
LUCY GERARD.

¿QUIEN ME SIGUE?

Había surgido aquel día una gran borrasca de nieve; no se distinguía los caminos; hasta los pueblos desaparecían; crujían los bosques bajo la escarcha, y la figura de la tierra borrábase como la de un cadáver cubierto con la

mortaja. Pero como si el cielo fuese inagotable, durante la noche arreció la tormenta. El viento, recogiendo la nieve amontonada durante el día, mezclábala en sus torbellinos con los copos que descendían impelidos por trombas.

BELLAS ARTES



Eco, por Selfert.

El aire estaba obstruído; apenas quedaba espacio para respirar. ¡Pésima noche para los viandantes!

Y sin embargo, los había; porque ¿cuándo deja el hombre de divagar? Y en la campiña, á través de las ráfagas que ciegan, habían visto temblotear una luz roja; y hacia allí se habían dirigido, lanzando á intervalos llamamientos que se extinguían en el silencio de la nieve. La luz roja era el hogar de la venta que filtraba á través de los vidrios; el fuego flameaba y roncaba; y en torno á la chimenea, vasta y hospitalaria, encontrábase reunidos actualmente cinco, sin contar el ventero; cinco escapados á la nieve, á la tempestad y á la noche; cinco desentumeciendo sus miembros, rígidos de frío como sus vestidos; cinco, contemplando el saltar alegre de las llamas sobre los troncos, cual danzantes salamandras. Sin embargo, estaban tristes, á excepción del más joven; éste sonreía, y los otros tenían oprimidos los corazones. Cada vez que el viento conmovía la puerta y se oían rechinar sus rancios goznes, volvían allí sus miradas con angustia, cual temiendo ver entrar la nieve, la tempestad y las tinieblas.

Y el ventero, procurando animarles, como era su deber, exclamó:

—¡Podéis daros por muy dichosos de haber percibido el reflejo de mi nogar, en la tormenta! ¡Pequeña y miserable es mi venta, pero no se halla otra habitación á menor distancia de dos leguas; y si yo no hubiese franqueado mi puerta, á estas horas os hallaríais bajo la nieve, para no deshelaros hasta el día del Juicio!

Dicho esto, soltó una carcajada, pero sus huéspedes malditas las ganas que de reír tenían; muy al contrario, excepción he-

cha del más joven, contestaron al ventero con sendos gemidos.

El primero, de edad ya caduca y cuyas huesosas manos erizadas de blancos pelos temblaban ante el hogar, mientras de sus ojos sin brillo fluía con constancia lagrimeo; dijo en trémula voz:

—¡Ay! ¿No me hubiera valido más quedarme una vez por todas sepultado en la nieve, que tener que aguantar más tiempo, á mi edad, la intemperie de las estaciones y la indiferencia de los hombres? ¿Qué alegría me queda en este mundo? Ya no tengo sentidos; y todo lo he probado, menos la muerte; que venga, pues, y reposaré al fin.

El segundo era una mujer, y esta mujer era viuda. Echó á llorar, y dijo:

—Lo que á ti te retira la vejez, á mí me lo ha quitado, el dolor. Con mi pobre marido, sepultáronse todos mis gozos. ¿Qué hago yo sobre la tierra, estando él debajo la tierra? Soy sola; mi corazón está vacío; tengo un hijo soldado, que me olvidó; en verdad, no sé por qué he llamado á esta puerta.

Meneó el tercero la cabeza; iba cubierto de harapos; lisiado, de larga é inculta barba, con un zurrón en el cinto, y dentro de aquél un mendrugo. Bajaba los ojos, gimoteaba al hablar; era un pobre que vivía tendiendo la mano; —y dijo á la mujer:

—¡Lloras á uno que te amó! ¡eres dichosa! á mí nadie me ha amado, ¡ay!... ¿Qué encan-

tos puede tener la vida para un mendigo, para un achacoso?... Esa nieve que caía sobre mí, poco ha, era tal vez una caridad del cielo... no me darán los hombres, de seguro, una mortaja tan blanca, cuando la necesite... ¿Hay alguien más desventurado?

—Yo,—dijo el cuarto,—que era un ladrón, lanzado de su caverna por el frío. A ti, á lo menos, te dejan que te acerques; te dan la limosna de tu pan... No te ves obligado á conquistarlo á punta de espada. No te acosan como á un lobo. ¡Te prestan la cuadra para dormir, y gozas del cariño de las bestias!... ¡Yo soy despreciado, temido, detestado; y con mucha razón!... ¡Harto estoy de la vida!

Y calló desesperado.

El quinto, era el más joven, nada dijo. Tal vez ni oyera lo que le dijeron. Adolescente, de lengua y rizada cabellera, ojos de ángel, plácida sonrisa. contemplaba la de las llamas de los troncos, escuchaba la melodía del fuego armonizada con el viento de la chimenea, y, por minutos, el golpear de los grandes copos en los vidrios al exterior. Todo ello parecía encantador; ni aun recordaba que había tenido frío.

A todo esto el ventero, contristado por las quejas de los cuatro huéspedes, declaró, á su vez, que la existencia era para él una pesada carga. Había allegado algunos ahorros, que el granizo y los usureros devoraron luego; los huéspedes eran escasos; uno de ellos, al paso, le había raptado á su hija, ¡y Dios sabe lo que

BELLAS ARTES



AVE MARÍA, por J. Wopfner.

ha sido de ella! No, decididamente, la vida es demasiado dura; la muerte podía venir cuando quisiera, bienvenida sería.

Dijo, y reinó un rato de silencio. Y entonces oyeron llamar á la puerta:

—¡Hola!—exclamó el ventero, ¿otro más? Veamos quién es y si está aburrido de la vida, como nosotros.

Abrió, y quedó como helado de espanto; quien acababa de llamar, ¡era la Muerte!

—¡Vaya un tiempo!—dijo — pocas noches he visto semejantes.

Su voz semejábase mucho al repicar de los helados copos en los vidrios; no se perdía ni una sílaba, aun cuando hubieran querido no oírla.

Calentábase, y á través del sudario se veía un libro que bajo el brazo llevaba.

—¡Muy bien!—exclamó;—ya entré un poco en calor; hay que volver á la tarea; mucha es la labor que me queda hasta que el mundo acabe y yo con él. Pero no acostumbro retirarme con las manos vacías, y por otra parte, mi libro dice que me he de llevar un alma de aquí. ¿Quién viene conmigo? ¿Quién se halla dispuesto? Poneos de acuerdo, porque no puedo llevarme más que un alma...

El castañeteo de los dientes redobló, pero sin que nadie chistara.

—A cada cual su turno,—dijo ella y miró al ventero.

Dobláronsele á éste las piernas, y se excusó, balbuciente:

—Tengo algunas deudas, y no quisiera partir sin haberlas satisfecho.

Entonces miró ella al viejo quien, aterrorizado, contestó temblonamente:

—Aun no he hecho testamento.

—¿A tu edad?

—Tengo muchos herederos; y no es cosa fácil contentar á todos.

Miró entonces á la viuda:

—Pronto acabará mi hijo el servicio: ¿no he de volverle á ver antes de morir?

La muerte sonreía. Y miró al mendigo:

—Dirigíame á la ciudad, donde me han prometido admitirme en el hospicio... aquel día, al menos, moriré en mi cama.

—¿Y tú?—dijo la Muerte al ladrón.

Bajó éste los ojos, y respondió:

—Déjame tiempo para que me reconcilie con Dios.

Entonces la Muerte soltó el trazo á la risa; risa semejante al hipo. Después, miró al adolescente de rizada cabellera y ojos de ángel. Levantóse éste y dijo:

—¡Dispuesto estoy!

—¡Tú,—dijo la Muerte,—tú que de la vida sólo conoces la flor! ¿Apenas la aspiraste, y consientes en morir?

Y el adolescente, sonriendo, como ha poco, al escuchar las armonías del hogar, y el repicar de los tímpanos, respondió:

—La vida es bella y la amo; pero no temo la muerte.

—Bien está.

Irguióse la Muerte, agrandándose hasta el techo y lanzó sobre los demás severas miradas.

—¿Oisteis á este niño?—exclamó.—Más motivos tiene para desear la vida, que para desear la muerte vosotros, y sin embargo no le espanta venir conmigo, y le hallo dispuesto, porque su corazón es puro, mientras que la conciencia de cada uno de vosotros está torturada de remordimientos y de malos deseos.

Nadie osó replicar, y ella prosiguió, terrible:

—¡Tú, ventero, robabas á tus huéspedes! ¡A ti, viejo, te enriquecía la usura! ¡Tú, viuda, engañabas á tu marido! ¡Tú, mendigo, mordías la mano que te alimentaba! ¡Y tú, ladrón, lejos de meditar en reconciliarte con Dios, acabas de combinar en este instante un nuevo crimen!...

Pálidos, todos, como el sepulcro, cayeron de rodillas creyendo llegada su hora última. Pero la Muerte, recobrando la calma y su reír convulso:

—Tranquilizaos,—dijo — se os concede lo que pedisteis y sólo llevaré de aquí el alma pura de este niño. Pero será en vuestro daño, y en breve podrá ver que, sin saberlo, eligió el mejor partido.

Y envolviendo al adolescente en su amplio sudario, cogió su hoz, y emprendió el vuelo á través del techo. Allí, se colocó junto á la chimenea, de la que surgía un resplandor que alumbraba la noche. Había calmado la tempestad, cesando viento y nieve: una tranquilidad inmensa llenaba la campiña y el cielo. El adolescente ya no sentía el frío.

Y la Muerte abrió su libro, que era el libro de los destinos; una página para cada mortal. Al dar vuelta á cada página, brotaba un relámpago.

Leyó el adolescente la del ventero, y vió que, lejos de pagar sus deudas, huiría después de haber pegado fuego á su venta y perecería en un naufragio.

Leyó la del viejo, y vió que iba á ser asesinado, dentro de tres días, por el ladrón; y vió, en la página del ladrón, que éste moriría ahorcado.

En la página del mendigo, leyó que el misero sería arrestado como cómplice, y que moriría en el calabozo sobre un montón de paja.

Y en la página de la viuda leyó que dentro el año lloraría á su hijo muerto en la guerra.

Tal era su destino, y no podían evitarlo ya, habiendo rehusado morir aquella noche.

Y la Muerte le dió á leer al adolescente su propia página. Vió en ella, estremeciéndose, una luenga serie de desventuras y de crímenes, en que hubiera caído irremisiblemente, si hubiese vivido. Pero toda vez que había consentido en seguir á la Muerte, rasgó ésta la página y la arrojó al fuego, donde se redujo á cenizas. Después, haciendo que el adolescente alzara la cabeza, le mostró su reino de estrellas, y los mil caminos del cielo, esplendentes de maravillas sin fin, que actualmente se le ofrecían.

BELLAS ARTES



CREPÚSCULO, por Lossow.

EL DEDO DE LA MUJER

(VICTOR HUGO)

Cuando el Señor, con mente poderosa,
Hubo formado el universo todo,
Quiso una alhaja modelar preciosa
Con lo más puro del terrestre lodo.

Con tierno amor el dedo soberano
Hizo de la mujer, su obra maestra;
Dedo que hiere el corazón humano
Y el alto cielo muestra.

Y puso en él, porque luciese bello
A los ojos del hombre, que lo adora,
El más brillante y plácido destello
De la naciente sonrosada aurora.

Y de la sombra el velo pudoroso,
Y de la cuna el movimiento suave,
Y algo también del astro esplendoroso,
Y algo también del ave.

Parte le dió de su poder eterno,
Para que fuera bienhechor conjuro:
Hizolo fuerte porque fuese tierno,
Hizolo blanco porque fuese puro.

Hizolo cariñoso y halagüeño
Para que el hombre, en el mundano abismo,
Viera en él, aunque un poco más pequeño,
El dedo de Dios mismo.

Y aquel dedo gentil, de nieve y rosa,
A Eva lo dió para adornar la mano

Que cual un sueño deleitable posa
Sobre la frente del linaje humano;

Aquella mano, que con fe constante
Al hombre guía en su falaz camino,
Y temblorosa guarda y vigilante
La antorcha del destino.

¡Angel feliz de ruborosa frente!
¡Mujer! Para tu gloria y tu ventura
No te basta la gracia sonriente,
No te basta la espléndida hermosura.

Tienes que amar, cual ama cuanto es bello,
La flor, el astro, el aura y la paloma;
La beldad, es efimero destello,
La gracia, leve aroma!

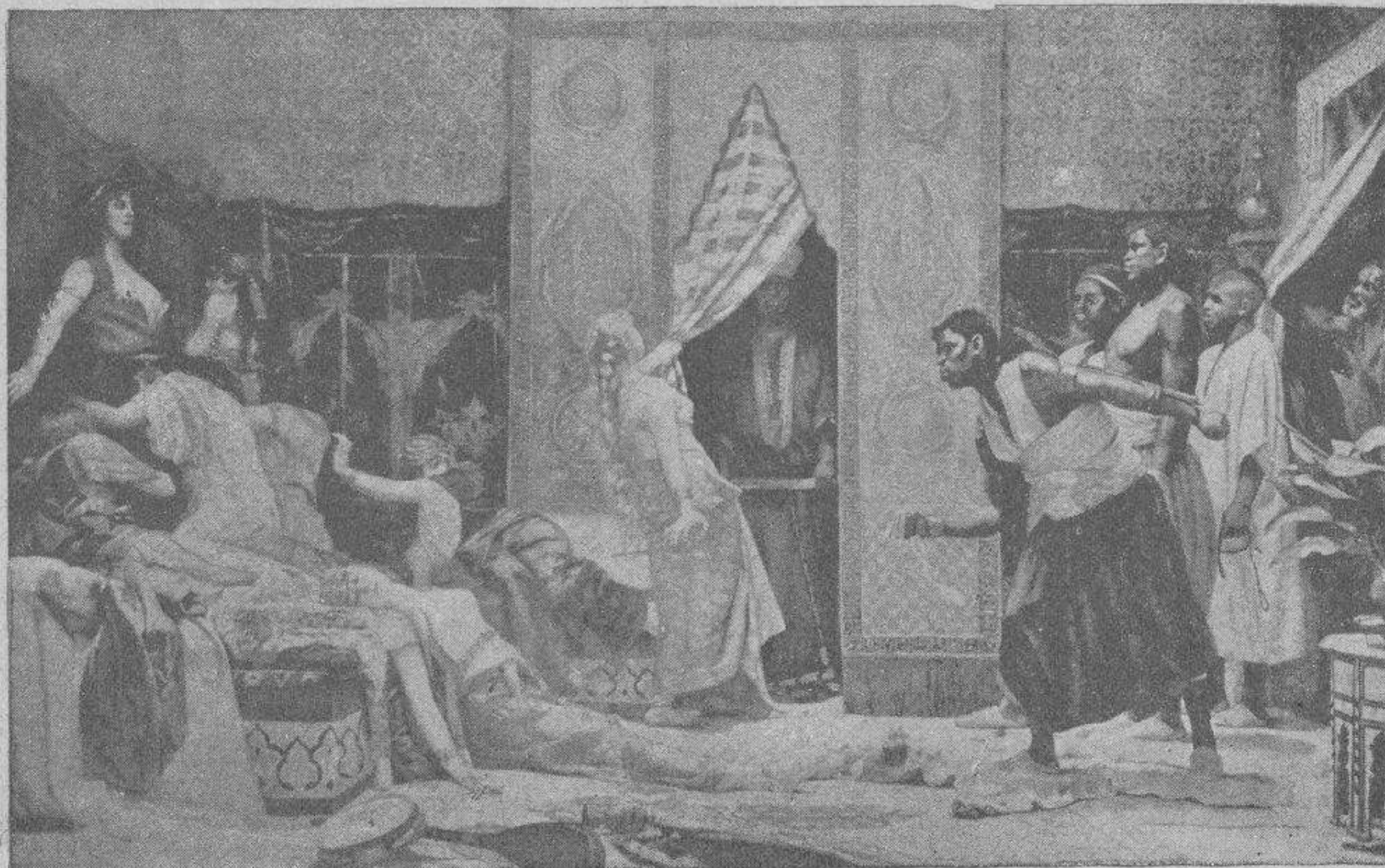
Dios, que te puso, cual deidad propicia,
En la morada del mortal siniestra,
Hizo para el amante la caricia,
Y para la caricia hizo tu diestra.

Cuando vió terminado el dije hermoso,
«¡Contemplad la más bella de mis obras!»
A los ángeles dijo, y al reposo
Se entregó sin zozobras.

Mas despertó el demonio, iluminado
Por maligno placer el rostro obtuso,
Y al extremo del dedo sonrosado
Uña afilada puso.

TEODORO LLORENTE

BELLAS ARTES



LA PENA DE MUERTE EN EL SERRALLO, por P. Bouchard.

PERFILES



Lances de honor. — La moral de viaje. — Nuevo espectáculo nacional. — Las Verbenas.

Bailemos al son que nos toquen.

En Madrid siguen á la orden del día los lances de honor. No obstante, parece que no llegará la sangre al Manzanares. Hasta la costumbre de despedir los duelos en la fonda se va perdiendo.

Y es una lástima, porque lo que no es bueno para el honor es bueno para el estómago.

No pasa día sin que algún padre de la patria mande sus padrinos á otro por un quítame allá esa acta; pero la cosa se arregla en seguida á gusto de todos menos del código penal, que está haciendo un papel muy triste, y de la moral que, según tengo entendido, arregla la maleta para emigrar al centro del Africa donde tiene esperanzas de ser mejor tratada.

El ejemplo que están dando al país los altos personajes de la política es de lo más edificante que darse pueda.

Las verduleras son más comedidas, cuando pelean en la plazuela, que ellos cuando discuten en el Congreso.

Hasta ha llegado el caso de que dos condes, nada menos que dos condes, se hayan zurrado la badana en los pasillos del templo de las leyes.

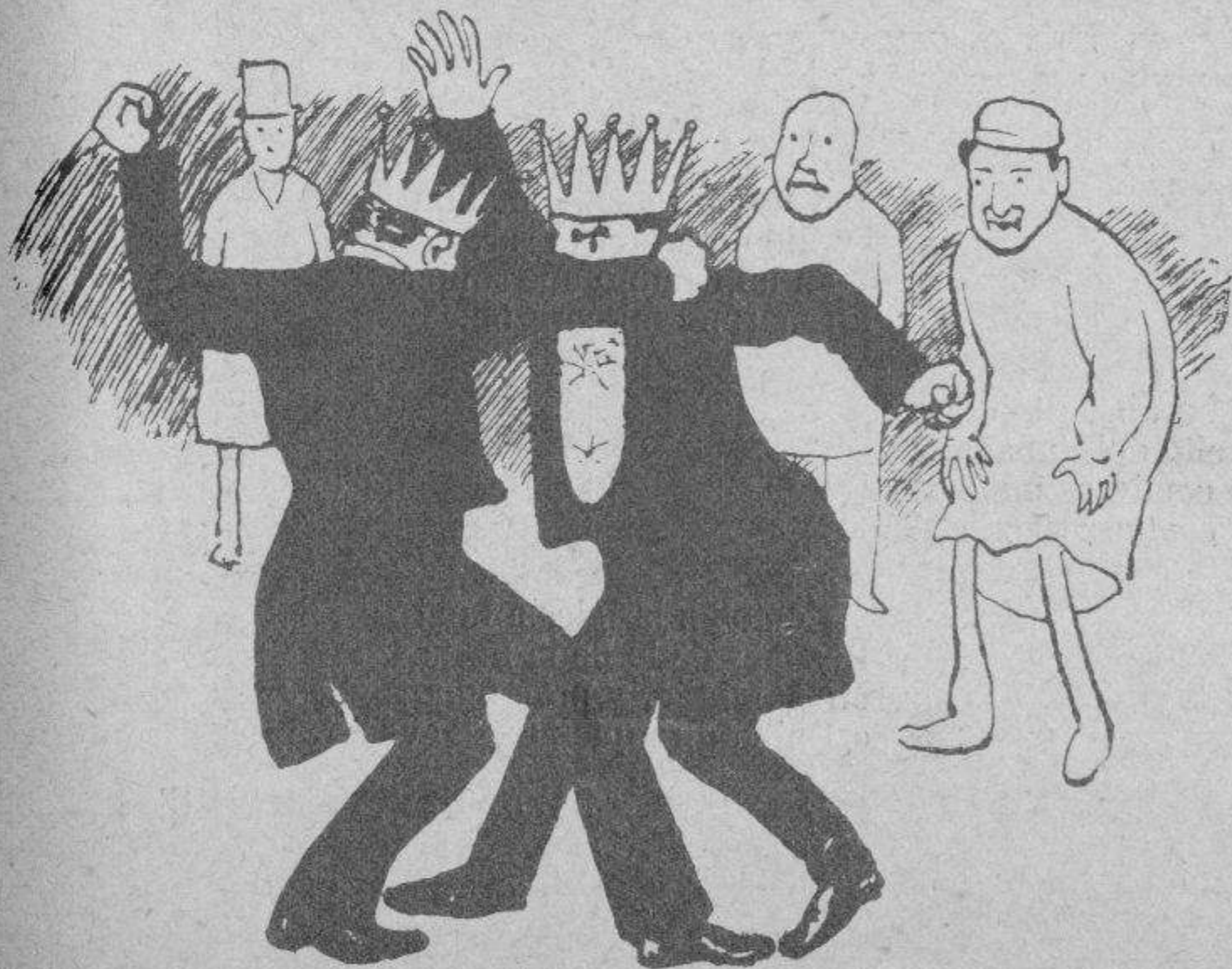


Un diputado llamado Muro procuró evitar la cuestión y se puso en medio.

Y ¡claro! habiendo un Muro de por medio se acabó la pelea.

Después de todo, mirando las cosas por el lado cómico, no dejan de ser divertidos estos espectáculos.

Si yo fuera del Gobierno, ensancharía un poquito al Congreso y pondría tendidos, palcos y contrabarreras y haría pagar la entrada.



Y hasta se podría anunciar por carteles la cuestión del día y el nombre de los primeros espadas.

Los periódicos saldrían por la noche con la revista y los chicos gritarían:

—¡La corrida de esta tarde, digo, la sesión de esta tarde, con el número de bofetadas que se han repartido y los lances pendientes para mañana!

También podrían anunciarse apuestas mutuas, como en los frontones y en los circos gallísticos.

Para las sesiones extraordinarias ó de beneficencia las compañías de ferrocarriles podrían hacer gran rebaja de precios para que los forasteros disfrutaran del espectáculo por poco precio.

No habría más que un inconveniente, y sería que, pagando el público la entrada, tendría derecho á silbar y se armarían las grandes broncas.

Bien es verdad que también ahora la paga, y bien cara, y se aguanta.

Pero dejemos la política á un lado y hablemos de cosas más alegres.

De las verbenas, por ejemplo.

El pueblo español será siempre el pueblo de pan y toros.

Y aunque ahora no estamos muy bien de pan, en tocando á divertirse se olvida todo y ¡viva el jaleo!



¿Que en Cuba hay abierta inmensa hoy a la juventud española?

¡Qué importa!

¿Que la miseria, el hambre y la desesperación se apoderan de las más hermosas provincias españolas?

¡Qué importa!

¿Que estamos al borde de un abismo, que los conflictos más pavorosos se cierran sobre nuestra cabeza?...

¡Qué importa!

Hoy es día de regocijo, bailemos.

VICENTE SUAREZ CASAÑ.

Dibujos de XAUDARÓ.

CANTARES

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

A un mármol Pigmalión
Le dió de mujer el ser,
Y en mí cambió una mujer
En mármol mi corazón.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
O tú te confiesas mal,
O él te confiesa peor.

Por mucho que el tren corria,
Corre tanto un «yo te adoro»,
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mia.

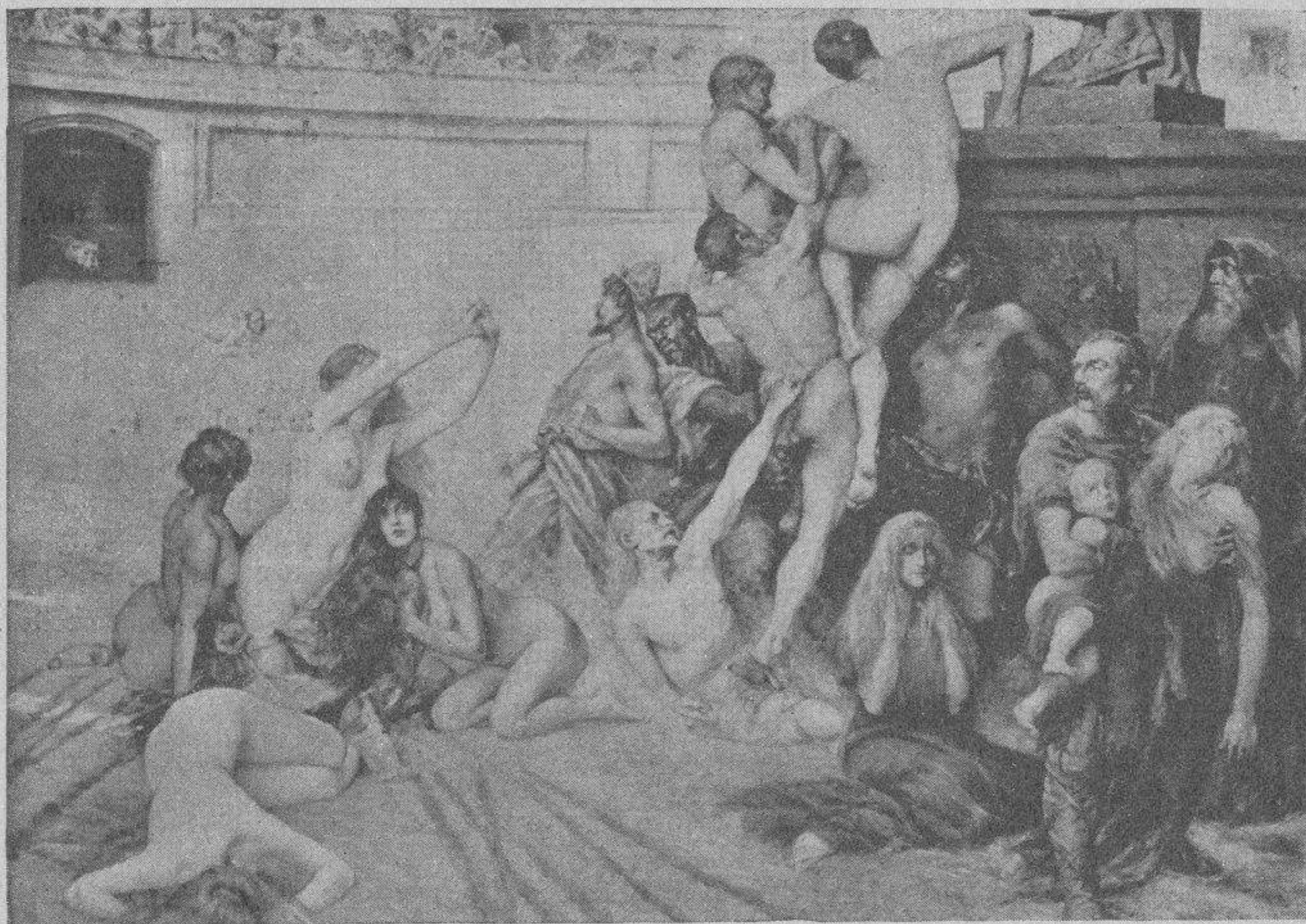
Como en la iglesia te vi
Después de lo de la fiesta,
Me santigüé, y prorrumpí:
«¿Quién dirá que aquélla es ésta?»

RAMÓN DE CAMPOAMOR

DEFENSA DE LA MUJER

Hombres necios, que acusáis
A la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis;
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Queréis con presunción necia
Hallar á la que buscáis,
Para pretendida Táis,
Y en la posesión Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.
Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite es liviana.
Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel
A una culpáis por cruel,
De fácil á otra culpáis.



EN LA ARENA, por Laubadère.

Pues ¿cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
¡Bien haya la que no os quiere!
Y quejaos enhorabuena.
Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas;
Y después de hacerlas malas,
Las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasión errada?
¿La que cae de rogada
O el que ruega de caído?

O ¿cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
O el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
O hacedlas cual las buscáis.
Dejad de solicitar,
Y después con más razón
Acusaréis la afición
De la que os fuere á rogar.
Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia,
Juntáis diablo, carne y mundo.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

MISCELANEA

Un anciano inválido entra cierto día en una farmacia:

—Deme usted algo contra los gusanos.

—¡Cómo! ¿tiene usted gusanos? ¿en qué parte del cuerpo los siente usted?

—En mi pierna de palo, que está toda carcomida.

El colmo de la franqueza:

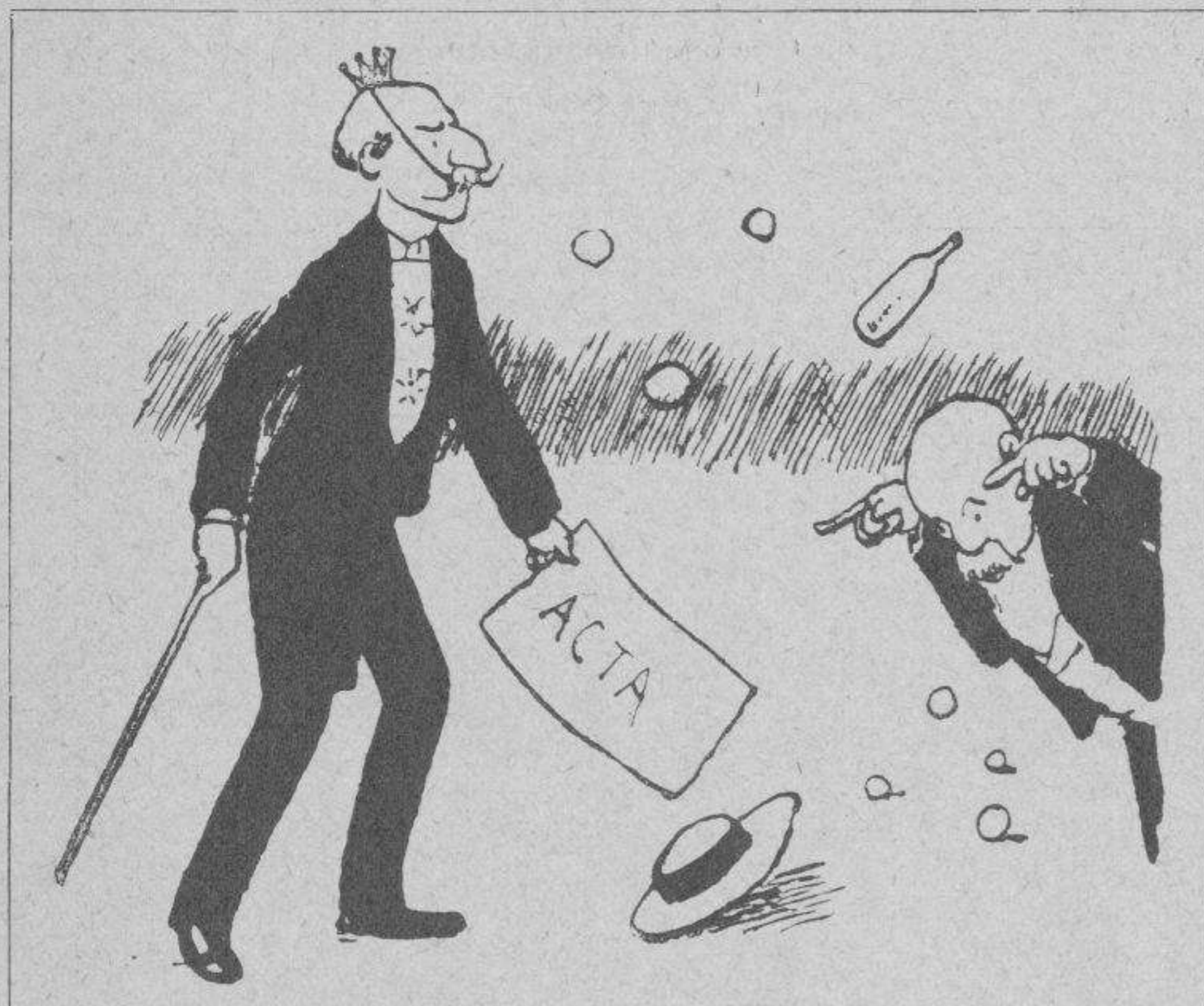
—Es indudable, señora, que las mujeres de talento son siempre feas.

—Y ¿qué opina usted de mí, caballero?

—Que es usted inmensamente hermosa.

—
Sólo los despreciables son los que temen ser despreciados.

TOREO POLITICO, por Xaudaró.



LIDIA DE ACTAS.

CAUSAS Y EFECTOS

Cuan lo dormida
te contemplaba,
y tu albo seno
se levantaba,
fiel testimonio
de vida cierta,
decía triste...
—¿Si estará muerta?...

—
Fúnebre lecho
alzóse un día.
Allí arrojada
te vi, alma mía.
Besé tus labios
conchas de hielo...
y exclamé ufano...
—¡Duerme!... Yo velo.

JOSÉ SORIANO DE CASTRO.

Aviso importante.

Hacemos saber á nuestros corresponsales de provincias que nos han hecho pedidos del número anterior, que este se agotó completamente el mismo día de su salida, por lo que nos vemos imposibilitados de servirles ni un solo ejemplar.

CORRESPONDENCIA

E. C.—Madrid.—El amigo que usted cita tiene demasiado buen sentido para haberle aconsejado que mande eso... ó le ha tomado á usted el pelo.

M. R. P.—Barcelona.—Tiene algunas incorrecciones de bulto. Mande otra cosa y veremos.

J. J.—Cádiz.—Eso no lo escribe ni Calderón, el picador de toros.

A. F. S.—Castellón.—Si publico esa silva nos silban.

J. V. T.—Zamora.—Eso no es un ovillejo, eso es un lfo.

R. R.—Málaga.—Irán algunas.

C. del A.—Cuenca.—Verdaderamente es muy ingrata con usted esa chica y merece cualquier cosa; pero dedicarle unos versos tan malos me parece una venganza demasiado cruel.

S. J.—Sevilla.—Es muy largo.

M. N.—Córdoba.—Lo mismo le digo.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Paseo de San Juan, 168 — Barcelona.